

¿Bajamos el listón?

Un asunto sobre el que parecen coincidir los docentes universitarios de traducción (y que conste que el acuerdo generalizado sobre cualquier tema en este colectivo es harto difícil de conseguir) es que el nivel de conocimientos en general y de lengua española y/o extranjera en particular de los alumnos de primer curso universitario ha descendido considerablemente en los últimos años.

Sobre si esto se debe a las sucesivas reformas educativas, al ritmo de vida actual que no permite a los progenitores pasar el suficiente tiempo junto a sus hijos para inculcarles sus hábitos, intereses y valores, o a que los adolescentes ven demasiada televisión, juegan a demasiados juegos de ordenador o videoconsolas y no leen, o si resulta que la alimentación actual hace descender el nivel intelectual, no voy a discutir.

El caso es que la realidad se impone, e intentar repetir un temario de hace simplemente cuatro años con los alumnos actuales es prácticamente imposible si uno no quiere terminar suspendiendo a más de la mitad de la clase.

Ante esta situación, lanzo la batería de preguntas que se le pasan por la mente al docente: ¿Debemos bajar el listón y enseñar cosas que antes se hubieran antojado ridículas en un primer curso de carrera, como las figuras gramaticales o el uso correcto de las preposiciones? Si hacemos esto relegaremos la formación realmente especializada en traducción al tercer ciclo universitario, que recordemos que actualmente se autofinancia (cosa que no parece que vaya a cambiar a corto ni a medio plazo) y quizás haremos así las delicias de los consejos económicos de las universidades públicas, que están deseosos de ingresos "extra", pero también quitaremos la posibilidad de estudiar y especializarse a las personas que, con una edad mínima de 23 años, se tienen que ganar la vida y no pueden permitirse pagar un posgrado o un máster...

Bien, entonces, si no bajamos el listón, ¿debemos exigir a los alumnos que se formen por su cuenta en lengua (española y/o extranjera), que adquieran cultura general –hace poco tuve grandes discusiones con alumnos de segundo curso de carrera porque traducían "los pulmones tienen 300 millones de sacos de aire" en un trabajo que habían hecho con tiempo y en casa, y al escuchar que eso eran "alvéolos" ponían cara de póker, sin encontrar su error tan terrible, "porque así, los lectores que no sepan qué son los alvéolos, lo entenderán"- y después vuelvan para aprobar el primer curso? ¿Cuántas deserciones tendríamos en ese caso? ¿Tienen la culpa los alumnos de haber recibido esa formación pobre, sea por la causa que sea? Porque está claro que no es un fenómeno aislado sino generalizado...

En fin, estas y otras preguntas se mezclan con la incertidumbre del futuro académico de la Licenciatura en Traducción e Interpretación (y de todas las demás, claro), ya que estamos en el momento de generar propuestas para el famoso 3 + 2 de Bolonia y Europa o el supuesto 4 + 1 que proclama ahora el Ministerio. Pero quizás, antes de pensar en planes de estudio apropiados a unos u otros modelos, deberíamos plantearnos si los contenidos actuales son válidos o si deberíamos modificarlos y adaptarlos.